

EMBLEMÁTICA POLÍTICA EN TORNO AL REY FELIPE V

«Los reyes deben ofrecerse como objeto de la vista, y regozo de los Españoles».

(Sarmiento, *Distribución de las más famosas acciones del Rey Padre*).

Hacia 1720, la conciencia de que se está inaugurando una época especialmente conflictiva en la dilatada historia de los vínculos y relaciones que unen a la Casa Real (en este momento ocupada por una nueva dinastía) y a una de sus fundaciones más importantes fuera del radio de la Corte, la Universidad de Salamanca, fuerza a esta última a replantearse el alcance de los ceremoniales que venía practicando secularmente.

Tal replanteamiento revela la inseguridad en que se mueven estas manifestaciones heredadas de la cultura barroca y ahora necesitadas de cristalizar en una fórmula, ciertamente depurada, pero que permita, al mismo tiempo, la conservación de una tradición amenazada desde muchos ángulos¹.

La imagen de la realeza, tradicionalmente, se venía dando en un triple nivel: a través de los retratos de aparato²; en las obras arquitectónicas, que llevan la huella de la «*idea*» o diseño real (y de los programas de su decoración)³ y en las proclamaciones y honras fúnebres. De los tres tipos de epifanía de la realeza, el último de ellos atraviesa en la época de Felipe V una crisis tal que va a llevar a estas manifestaciones a la práctica extinción, al menos en lo que se refiere a la ciudad de Salamanca.

1 Para una versión general del tema de las exequias de la Casa de Borbón en todo el territorio nacional, cf., M. P. Dávila Fernández, *Los sermones y el arte* (Luis I, pp. 231-2; Felipe V, p. 262; Isabel Farnesio, p. 264; Bárbara de Braganza, p. 272; Fernando VI, p. 273; Calos III, pp. 281-3). Véase sobre el tema de Salamanca en específico mi trabajo 'Espejo de la Corte: honras reales a la dinastía Borbónica', en *Congreso Internacional 'El Arte y la Corte en el siglo XVIII'* (en prensa).

2 El tema ha sido tratado por Y. Bottineau, *L'Art de cour dans l'Espagne de Philippe V* (Bordeaux 1960), 384 ss.

3 En lo que se refiere a Felipe V y para la consideración de la arquitectura como «objeto» de un «hacer» del rey, véase el artículo de M. Morán Turina, «El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcazar de Madrid», *A.I.E.M.*, 18 (1981), 1-13.

Antes de que esta desaparición se produzca, coincidiendo con la muerte de Felipe V en 1746, en 1719, la corporación universitaria se decide por un modelo de acción —un *prontuario*, casi— al que pueda sujetarse en adelante una vida ritual, a cuya rápida modificación degradadora se está asistiendo, con cierta preocupación en los sectores más conservadores.

Se trata, para la Universidad de Salamanca, de seguir modelizando, llenando de sentido, los avatares de la Corona de España, convirtiendo en solemnes, como secularmente había venido haciendo, los procesos, siempre delicados, de nacimiento, coronación y muerte real:

«...lo que privativamente te corresponde oy, como a Escuela Universal, la primera, y más distinguida de todos estos Reynos, es la de enseñarles a llorar la pérdida que han hecho [...] Esse es el sabio dolor, que oy sienten, y enseñan a España sus sabios de Salamanca»⁴.

El paradigma a través del cual se trata de canalizar toda la actividad festiva en el ámbito universitario es un texto que, redactado por Bernardo Francos Valdés, no llegará nunca a ser editado: el *Ceremonial Sagrado y Político de la Universidad de Salamanca*⁵.

Sin embargo, esta actividad formalizadora de un *estado del ritual* universitario, no fue nunca seguida al pie de la letra, manifestándose así una divergencia profunda entre las declaraciones teóricas y la práctica real de unas actividades que prosiguieron su propia evolución. No será eso, sin embargo, lo que ahora nos interese reseñar, sino, antes bien, la orientación particular que asume el *Ceremonial* y cómo, a través de él, se expresa el momento particular que está viviendo en su ideología el estamento universitario de entonces

LA CEREMONIA Y SUS MODELOS

De modo evidente, en el *Ceremonial Sagrado Político*... cristaliza una visión depurada de la celebración festiva. La pompa observada a la muerte del último de los Austrias, Carlos II, sopesa aquí el modelo —contenido— al que, en términos generales deberían sujetarse las honras venideras.

La censura existente entre la época barroca de los grandes funerales salmantinos por Felipe III y Felipe IV y la atenuación que viene a representar los celebrados por Carlos II, está presente en muchos párrafos del *Ceremonial*..., en donde, por lo demás, queda constatado el final de las represen-

4 B. Vela, *Oración fúnebre que en las Reales Exequias de [...] Felipe V [...] de la Real Universidad de Salamanca...* (Salamanca 1746), 7.

5 Se conserva manuscrito en el Archivo Universitario de Salamanca. Ms. 334.

taciones «al viejo estilo» y la apertura de un momento nuevo, que trata de ajustarse a una nueva tradicionalidad, que data, en todo caso, de 1700:

«La Universidad acostumbra desde su fundación a hazer onras por todas las personas Reales con ostentación y Grandeza especial, como deve, y en esta Consideración son también distintas y sigulares las zeremonias que en estos casos se obserban, que piden particular reflexión y individual apuntamiento de todas ellas para que en adelante se practique lo que asta aquí se a estilado tomando la norma de las que hizieron por el Señor Rey Carlos Segundo i es con esta forma»⁶.

Es interesante, para el objeto que nos va a ocupar enseguida, ver cuales son los pasos fundamentales de ese ceremonial fúnebre real, que en el documento universitario se consignan con minuciosidad.

- Carta del Presidente del Consejo de Castilla o del Secretario de Despacho, comunicando a la Universidad la muerte de la persona real.
- Reunión del Claustro.
- Nombramiento de Comisarios.
- Encargo de un *sermón* por parte de la Universidad al «individuo suio de los más Antiguos».
- Los Comisarios encargan jeroglíficos y epitafios «en que se desmuestran las virtudes i hechos eroicos del Rey o Reyna ... i conforme a los dísticos o bersos se pintan las targetas correspondientes en la madera».
- «Se biste todo el Patio de Escuelas Maiores y las paredes de la Capilla de San Gerónimo de Baietas negras».
- Los Comisarios encargan al Maestro de Ceremonias avisar a las Comunidades religiosas incorporadas.
- Todas las Comunidades deberán «doblar desde las Vísperas la clave entera de sus campanas».
- El túmulo es «de mucha altura todo guarnezido de luzes y Antorchas, y se coloca en la grada de la Capilla de San Gerónimo».
- La misa la celebra el Señor Maestrescuela.
- Para asistir a las «honras» se forma en la Universidad en su «Sala de Claustro con las achetas encendidas, sale formadas en dos coros...»⁷.

Con relación al ritual que venía siendo practicado desde finales del siglo XVI, podemos decir que en esta nueva codificación todo ha cambiado, sin cambiar, por ello, nada. Se mantiene en su estructura externa el dispositivo de la fiesta tal y como se puede ver reseñado, en el siglo pasado, por Roys (*Pyra real que erigió la maior Athenas a la maior magestad ... de Fe-*

6 *Ceremonial Sagrado Político...*, 10v-11r.

7 *Ibid.*, fols. 11-36.

lpe IV —1666—) o Céspedes (*Relación de las honras que hizo la Universidad de Salamanca a la Magestad de la Reina D^a Margarita de Austria... —1611—*), pero en su interior puede observarse una labor que ha minado la fantástica complejidad de muchos contenidos.

Se ha efectuado una «reducción» de intensidad; una simplificación, que afecta al desenvolvimiento de los actos que aquí se jerarquizan. Ha desaparecido, por ejemplo, todo movimiento de extraversion de la vida universitaria hacia la ciudad. La fiesta se hace, así, centrípeta, no centrífuga. Tiene un alto carácter selectivo, refleja ideales de *élite* como siempre lo hizo, pero carece de la antigua capacidad de expansión y de imposición de la clase de valores que en el recinto universitario se mantienen.

Las honras fúnebres reales son algo que ahora, a partir de 1719, y después de los pleitos y hasta verdaderas guerras civiles que el instituto universitario mantiene con el municipio, el Cabildo y otros sectores, compete sólo al estamento universitario y a todo lo que al mismo se encuentra asociado.

En todo género de ocasiones brillan los actos en una solitaria singularidad: a los sermones del siglo XVII, les sucede, en la ordenación de 1719, la prescripción de un único sermón; las misas también se verán reducidas, concentradas en una sola ceremonia intracorporativa. Por último, las procesiones, que antaño convertían a la ciudad en un laberinto sagrado, se han suprimido, al no participar en ellas los Colegios Mayores, a los que, de algún modo, el *Ceremonial...* considera ajenos⁸. Más que suprimirse, se han internalizado: tienen como centro exclusivo el territorio universitario: el edificio de Escuelas organizado entorno al espacio abierto del claustro.

Lo nuclear de la pompa funeral, la construcción del eje axial de la ceremonia, que es el túmulo, el *castrum doloris*, ya no se eleva como un panóptico en el centro de ese espacio —y esto es un cambio formal, metáfora misma del cambio conceptual producido—, ha sido desplazado, por el contrario, hacia un lugar más recóndito, que denuncia un mayor deseo de conceder privacidad a lo festivo: las gradas del altar de la Capilla de San Jerónimo.

En todas estas traslaciones del sentido primitivo que conforma el ritual universitario, hay algo que, sin embargo, parece mantenerse en los mismos términos en que venimos conociéndolo desde finales del siglo XVI. Me refiero a los emblemas y jeroglíficos, de los que se nos dice que deben:

⁸ Los problemas de protocolo entre los Colegios Mayores y la Universidad se agudizan durante el reinado de Felipe V, y ello debido, sobre todo, a los factores de inseguridad y desconcierto que produce en el ritual y en la tradición la implantación de una nueva dinastía. Se conserva un documento interesante sobre este aspecto, en él se tratan los conflictos que genera, en 1710, la visita de Felipe V a Salamanca, cf. Archivo Universitario Salmantino, Libro de Claustros 178; fol. 37 v.

«Demostrar las virtudes i hechos eroicos del Rey o Reyna»⁹.

Así pues, lo más significativo de la cultura simbólica barroca: los emblemas y jeroglíficos, las empresas y enigmas, que vienen a sustantivar todo el programa trazado sobre la imagen del rey, sigue ocupando, a principios del siglo XVIII, un lugar nuclear dentro del concepto de fiesta¹⁰.

Vigencia, entonces, del lenguaje emblemático. Mientras a su alrededor, todas las manifestaciones se hallan sometidas a un proceso de rápida transformación de sus significados y alcances, los emblemas y formas afines siguen siendo utilizados de una manera tradicional, según la cual son los encargados de dar expresión simbólica a la imagen del rey¹¹.

En 1746, veintiseis años más tarde de haber sido redactado el documento que hemos utilizado, muy pocas de las reglas de uso que en él se contienen han sobrevivido a la erosión que la Ilustración ha producido en las manifestaciones del viejo orden barroco. Cuando en ese año la Universidad de Salamanca, en primer lugar, y alguna de las instituciones de más prestigio en la ciudad —como es el caso de la Compañía de Jesús—, en segundo, se ven en la necesidad de organizar lutos públicos por el primer monarca de la Casa de Borbón, el modelo habitual mantenido desde finales del siglo XVI, durante todo el XVII y, como hemos visto, a través también de los funerales «experimentales» por Luis I¹², se encuentra en crisis abierta. Por un lado la resolución arquitectónica de los *castrum* y monumentos; por otro, las fisuras entre instituciones de contrapuestos intereses; la quiebra,

9 «[Lo que al Príncipe se refiere] pide ser abordado precisamente a través de la Emblemática, puesto que ésta es, en el Manierismo y Barroco, fundamentalmente moral de Príncipes, pedagogía en imágenes para el buen gobierno». (P. Pedraza, «El silencio del Príncipe», *Goya*, 187-8 (1986), 39.

10 Y es que, como escribía Diego Suárez de Figueroa, en su *Camino de el Cielo: Emblemas cristianos*, las fórmulas emblemáticas se encuentran inscritas en el área de la pedagogía aúlica: «Enigmas y Geroglyficos es el más apropiado examen de ingenios palaciegos, y el más discreto entretenimiento de los soberanos».

11 En la dimensión conceptual que tienen estas formas, Morán Turina —*La alegoría y el mito: la imagen del rey en el cambio de dinastía* (Madrid 1982)— ha señalado ya cómo la imagen real que se propaga en la emblemática del XVIII es tributaria del discurso político barroco, a través de la vigencia de Gracián o de Saavedra Fajardo, perpetuados por tratadistas dieciochescos como Portocarrero, Ferreras, Garau, Pozuelo Espinosa...

12 Este carácter de «ensayo» que tienen las ceremonias del reinado de Luis I y, antes, del de María Luisa de Saboya, no son específicas sólo de Salamanca, M. Llorens y M. A. Catala —«Un monumento efímero exponente del ideal de la monarquía del despotismo ilustrado: el de las fiestas de la proclamación de Carlos III en Valencia», *Traza y Baza*, 8 (1984), 28 ss.— han señalado cómo la proclamación de Luis I es la primera fiesta de este tipo «nuevo» que se realiza en Valencia, y cómo su realización sirve en adelante de modelo a las que se celebran por el resto de los Borbones.

Para este tema debe consultarse mi trabajo, parte de un libro de más amplias miras, 'La imagen del Rey: relaciones de fiestas salmantinas en el natalicio de Luis I', en *Varia Bibliographica dedicada a José Simón Díaz* (Kassel 1987) 569-78.

finalmente, del lenguaje emblemático, que adelgazado de su vasta referencialidad cultural, se prepara para convertirse en alegoría estereotipada de la vida civil, convierten este tipo de manifestaciones en signos ciertamente conflictivos al borde de su erradicación.

La fiesta, el ceremonial, agoniza como hemos visto, con distinta intensidad en las exequias de María Luisa de Saboya, del Delfín, del propio Luis I. Más allá de esta fecha su práctica abolición, acosadas por la crítica reformista.

No sólo las honras desaparecen o se modifican, también lo hacen las relaciones, los textos encargados de reproducir lo efímero. Pero antes de tal desaparición, es preciso poner de relieve lo que constituye su último diafania, a través, en particular, de dos textos significativos: la *Expresión breve del grave sentimiento con que la Universidad de Salamanca lamentó la muerte de su muy amado Monarca Phelipe Quinto*¹³ y la *Parentación solemne de sufragio [...] obsequio que a la augusta memoria del Rey Nuestro Señor D. Phelipe V [...] tributó el Real Colegio de la Compañía de Jesús...*¹⁴.

Ambas relaciones, con orientaciones e intereses muy diversos, como veremos, se caracterizan a la vez por su insistencia en el registro emblemático, hasta el punto de convertir este signo entre los signos en la columna vertebral misma de toda la organización festiva de signo funerario¹⁵.

Podemos avanzar, en consecuencia, que el lenguaje simbólico de tipo barroco tiene en la Salamanca de mediados del siglo XVIII una presencia considerable debido, precisamente, a la celebración de estas exequias reales¹⁶. Incluso puede hablarse ante estas manifestaciones de un «renacimiento» en ellas de la cultura simbólica, y ésto con unos matices y en un sentido que habrá que precisar.

13 (Salamanca, 1747). Estas exequias se encuentran también reseñadas, sin aparato literario, en el Archivo de la Universidad de Salamanca. Libro de Claustros, 213; fol. 33 v.

14 (Salamanca 1747).

15 Cf. Menestrier, el maestro de ceremonias de Luis XIV, vincula la emblemática, de modo muy particular, a los programas funerales, en su texto, que sirve como una especie de manual, *L'Art des Emblèmes* (Paris 1684), véase especialmente pp. 340 ss.

16 Hay escasos estudios sobre la pervivencia de código simbólico formado en el Siglo de Oro, en centros de amplia irradiación durante la centuria siguiente. Entre ellos hay que citar la tesis doctoral inédita de F. Revilla, *Simbología de las celebraciones públicas en Barcelona durante el siglo XVIII* (Barcelona 1977), así como su artículo 'Últimas consecuencias de la simbología clásica: la gran cabalgata barcelonesa en honor de Carlos III', *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 47 (1981) 383-94. M. Ruiz Lagos ha estudiado la sujeción dieciochesca al catálogo de figuras de Ripa en su *Cultura simbólica e Ilustración andaluza* (Jerez 1985). Sobre el caso concreto de Salamanca, véase mi libro en prensa *Atenas Castellana. Estudios sobre cultura simbólica a la Salamanca de los siglos XVII y XVIII*.

Esta resurrección, este vigor renovado, debemos interpretarlo también como el último intento que unas instituciones desprestigiadas y en decadencia hacen para cerrar filas en torno a lo que es su tradición, su legado cultural. Es muy notable el hecho de que estas expresiones que tienen como finalidad teórica la de relanzar la alianza entre la Corte y los estamentos nobiliarios, académicos y eclesiásticos, son rechazadas ya, en ese momento, desde el mismo centro de poder al que se dirigen. Es el propio Felipe V y sus consejeros —y aquí estamos ante una paradoja barroca— quienes presionan para modificar, mediante sus *provisiones* y *cartas*, la utilización simbólica que de la figura real se hace en los ambientes de una ciudad, que ha perdido su influencia en la esfera del poder.

ESTRATEGIA POLÍTICA Y RELACIONES DE HONRAS

La primera constancia que suscita la literalidad misma de las *relaciones* antes mencionadas (*Expresión breve...*; *Parentación solemne...*) hace referencia a la concepción y destino final de estas honras fúnebres por Felipe V. Es oportuno preguntarse qué finalidad puede perseguir esta revitalización de una representación, que estaba comenzando a perder en todas partes su primitiva identidad. Ante esta cuestión, existe un doble orden de respuestas; una de ellas, externa a la propia organización festiva y la otra inherente a los propios objetivos que todo espectáculo social conlleva. Por la primera, vemos, como, en el caso que analizamos, se produce una instrumentación mediata de la fiesta: instrumentación mediante la cual, ésta, más que consagrarse al culto de la fama póstuma del rey, se dirige al ensalzamiento de una instancia mediadora, *transferencial*.

Las *relaciones* que conservamos del siglo XVII, editadas con motivo de las fiestas salmantinas, son auténticos memoriales elevados al rey; explícitamente se hallan dirigidos a «los ojos del Monarca». Esta línea directa entre el rey y los estamentos de una ciudad llena de prestigios, no se mantiene a partir de la aparición de los Borbones en el nuevo escenario de la política.

Las *relaciones* de las celebraciones funerarias de Felipe V —y lo mismo cabría decir de las dedicadas a Luis I—, ya no se dirigen a la persona real de un sucesor, independientemente de que el nombre de éste aparezca con frecuencia, sino que en las mismas ocupa su lugar una figura bien conocida en la Salamanca de aquel tiempo: José de Carvajal y Lancaster, ex colegial de San Bartolomé y Ministro de Estado...

Este cambio estructural en el sistema de las honras es lo más significativo en las fiestas y relaciones que se celebran bajo un nuevo orden de cosas. La figura del rey es, doblemente, la figura del ausente; su lugar simbólico

aparece ocupado por otras instancias más accesibles, y hacia ellas se desvían los elogios, pareciendo que todo el aparato festivo está concebido para su halago.

Asistimos con ello a la reconstrucción de un tejido de relaciones entre las clases dominantes, las instituciones y las personas que las representan y esto es, sin duda alguna, lo más definitorio de la fiesta al estilo setecentista; aquéllo que aparece por doquier debajo de su estructura misma¹⁷.

Queda formulada de esta manera una segunda paradoja que el estudio de la imagen del rey en estas relaciones del siglo XVIII en Salamanca revela: la de que tal imagen es una imagen vacía, una coartada. Por encima del lenguaje que aquí se pone en circulación, podemos percibir una intención oblicua: la fiesta no se dirige al rey, no es *para* el rey. En la fiesta y a través de ella tratan de reconciliarse otros intereses distantes, pero que a los comitentes les parece necesario anudar en el epicentro de lo que constituye su discurso. En consecuencia, el poderoso José de Carvajal aparece en el seno mismo de la celebración, no exclusivamente como mentor de la misma, sino, también, como su punto de referencia, su destino mismo. La Universidad —pero también la Compañía de Jesús— le reclamará como a su hijo predilecto y, en definitiva, como mediador ideal de los intereses de ambas ante la misma cúpula de la estructura de poder de su tiempo.

No es, sin embargo, sólo la figura de José de Carvajal la que desvía hacia ella la verdadera e inmediata dedicatoria de la fiesta. A lo largo del siglo, y en momentos como los que se producen ante la situación bélica de la ciudad de Salamanca en 1707, el destinatario *real*, no simbólico, de las *relaciones* son caudillos militares, como el Gobernador de las Fronteras de Castilla, Juan Antonio Montenegro y Sanjurjo:

«Y porque aveces es mejor callarlo todo, que dezir poco; sirva, Señor, solamente este pequeño indicio de nuestro afecto de monumento eterno de nuestra gratitud, y de la de toda esta Ciudad, y Tierra, en cuyos

17 A la luz de este papel secundario que juega la figura del rey en la realidad, habría que reinterpretar la visión que de la monarquía absoluta hemos recibido. En cualquier caso, mi argumentación en este punto se atiene a la observación de M. Foucault, referida al período de que tratamos: «Existía, desde luego, un Rey, representante manifiesto del poder, pero en realidad el poder no estaba centralizado, no se expresaba en unas grandes estrategias, al mismo tiempo perfiladas, flexibles y coherentes» (*Saber y verdad* —Madrid 1985—, 141). Sobre el tema de la acción de un estado absolutista en Castilla, véase la monografía de S. de Dios, «Sobre la génesis y los caracteres del Estado absolutista en Castilla», *Studia Histórica*, III, 3 (1985), 11-46.

Estas ceremonias que analizamos tienen, como se ve, muchos destinatarios, encubiertos o manifiestos, no nos parecen, en consecuencia, exponentes claros del Despotismo Ilustrado, como, sin embargo, han sido vistas en otros casos (cf. M. Llorens y M. A. Catalá, «Un monumento efímero exponente...», 28 ss.) donde se llega a afirmar que la arquitectura y el ceremonial festivo son «un cabal reconocimiento del poder omnímodo del monarca de parte de sus fieles y agradecidos vasallos».

moradores vivirá siempre el nombre de Montenegro, mientras en sus montes huviere brutos, en sus ríos pezes, en sus Pueblos hombres, y aun piedras...»¹⁸.

Esta finalidad «segunda», que el análisis pone al descubierto y que hemos calificado de «externa», puesto que afecta a la capacidad de instrumentación política que la fiesta, y la *relación* luego, pueden tener, ya lejos del centro y del tiempo de acción donde son concebidas y ejecutadas, se complementa con su otro destino, que como manifestación social cumple.

Acosadas por los problemas económicos¹⁹, con una pálida repercusión en el ámbito de la ciudad; de espaldas a las órdenes emanadas por la Corte, estas instituciones —la Universidad y la Compañía de Jesús— van a montar, por última vez con ese grado de esplendor y de derroche de signos, las honras fúnebres reales. Montaje que, incluso, debe arrostrar las críticas y la desaprobación de un sector interno de los institutos organizadores²⁰.

Todas las dificultades son vencidas, en orden a conseguir el mantenimiento de un registro de expresión, al que se le supone dotado de unas posibilidades que en esta nueva época que se abre está lejos de perpetuar. En definitiva, por parte de los estamentos rectores que conducen el destino de estos dos grandes «cuerpos», encardinados en la vida de la ciudad, se genera una reacción de apoyo al lenguaje simbólico y a los dispositivos culturales que habían fundado la fama y el prestigio de estas dos instituciones en los siglos XVI y XVII²¹.

Las honras fúnebres que se realizan en Salamanca por Felipe V son una operación anticuaría y revelan, como finalidades vicarias, las relativas a convocar el pasado, en sus signos externos; revivir la edad de oro de estas

18 «Dedictoria al Muy Ilustre...». Cubero Tirado y Ramirez de Arellano, *El Angel custodio retratado en las heroicas y Reales bazañas de nuestro Cathólico Rey Felipe V el Animoso* (Salamanca 1707).

19 Problemas siempre patentes en las dedicatorias de las relaciones salmantinas del dieciocho; por ejemplo, en la *Parentación solemne de sufragio...*, de la Compañía de Jesús: «En este Colegio vivimos todos de subsidios de la Real hacienda, consignados en dotación por nuestros Soberanos; subsidios que interrumpidos por las urgencias de la Monarquía volvieron a su libre curso por la piedad del recién difunto Monarca... (p. 5).

20 En estas fechas, los círculos de ilustrados que hay en la ciudad, muy activos sobre todo en el seno de la vida universitaria, no colaboran, como parece obvio, en los programas festivos de signo barroquista. Estaríamos, en el caso salmantino, muy lejos de esa instrumentación ilustrada de la fiesta barroca que M. Ruiz Lagos ha estudiado en el caso de la Universidad de Sevilla en tiempos de Carlos IV (cf., *Cultura simbólica e Ilustración...*).

21 La existencia de una reacción producida en Salamanca frente al aparato festivo, que pretende tan sólo una versión depurada de todas las viejas tradiciones a luso, impide hablar, también en este caso, de una visión específicamente dieciochesca para este tipo de manifestaciones, y no pueden, en consecuencia, serle aplicados los criterios que utiliza F. Revilla en su «Ideología dieciochesca en el arte efímero», en *Quince cuestiones de historia psico-social del Arte* (Barcelona 1978).

manifestaciones, confiando en la capacidad catárquica de unos sistemas simbólicos sobre los que el tiempo había producido perceptibles modificaciones.

En estas condiciones, no puede sorprender que, prácticamente por última vez, en lo que a la historia de Salamanca se refiere²², se ponga en funcionamiento la maquinaria de la fiesta que, a través de las honras fúnebres, es, manifiestamente, estrategia manipuladora de unos estamentos que proyectan una imagen del poder y sus valores.

Los rituales ofrecidos a Felipe V mantienen ese aspecto, al que antes hemos aludido, por el cual el discurso de las honras da una versión final de una estrategia de Estado; en este caso, sobresaliendo por encima de cualquier otra: la de la orientación belicista. Pero, al mismo tiempo, el discurso complejo que va construyendo este *retrato* del Rey inaugura otras representaciones de valores, de las que ya no se hace sujeto a Felipe V, sino que se dirigen a la persona de su desconocido sucesor: Fernando VI²³.

De este modo, los comitentes de las fiestas, que actúan seleccionando los textos, fijados luego en las *coronas poéticas*, y que organizan los programas iconográficos, logran expresar, a su modo, los deseos y expectativas que les suscita la monarquía. Con ello marcan también y tratan de condicionar de modo prematuro el plantel de lo que deben ser las nuevas orientaciones (comerciales, culturales...), siempre vinculadas a la persona real.

Toda proyección de la imagen del rey es, pues, bifronte; es decir, acomete un balance de las acciones emprendidas por el rey muerto y realiza también el catálogo de aspiraciones incumplidas, encomendadas a un sucesor en el que coagulan nuevas esperanzas.

Las honras salmantinas por Felipe V suponen, simultáneamente, las fiestas proclamadoras de Fernando VI. El retraso premeditado de los funerales o de las mismas *relaciones*, no hace sino convertir la demorada celebración en homenaje al sucesor, una vez que éste se ha instalado ya en el trono. Este *decalage* entre el tiempo en que transcurre la muerte del rey; el tiem-

22 Más allá de 1746, apenas puede hablarse de fiestas concebidas en honor de alguna efeméride de la Casa Real, en consecuencia, desaparecen también las *relaciones*, de las que sólo sobreviven tres ejemplares, que son, además, del texto dedicado a la proclamación de Carlos IV (Véase, para ello, mi artículo 'Cultura simbólica e Ilustración: San Felipe el Real y las fiestas de la coronación de Carlos II y Carlos IV', *Archivo Agustiniiano*, 70, n. 188 [1986] 295-309), el de L. Herrero, *Oración que en la festividad de acción de gracias por el glorioso ajuste de la paz y felicísimo nacimiento de los dos serenísimos infantes Don Carlos y Don Felipe celebró la Universidad de Salamanca...* (Salamanca 1784) y J. Marín, *Oración Genethliaco-Christiana que en acción de gracias a Dios por el feliz nacimiento de los infantes y ajuste de la paz con Inglaterra celebró [...] en la Iglesia de San Francisco...* (Salamanca 1784).

23 Para el estudio del interregno entre Felipe V y Fernando VI, véase V. Vignau, 'Papeles referentes a la muerte de Felipe V y a la coronación de su sucesor', *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1899), 221-301.

po de las exequias, el de las relaciones impresas y el que, finalmente, recubre a estos dos últimos, que es el momento del sucesor, es particularmente significativa en una ciudad como Salamanca, en donde podemos decir, en efecto, que el retraso entre cada secuencia es uno de los efectos calculados por las instancias organizadoras.

Alivio por lo tanto, tal vez, en el caso de la muerte de Felipe V, por la desaparición de una política basada particularmente sobre la guerra, pero necesidad, también paralela, de legitimar otras aspiraciones que hacen suyas lo más representativo de los cuerpos sociales. En este cruce de sentidos se construye la imagen del rey, auténtica panoplia donde proyectar la ideología peculiar de las instancias comitentes.

Antes de 1746; antes de que la Compañía de Jesús o la Universidad construyan sus respectivas apoteosis de la figura de Felipe V, la ciudad de Salamanca ha vivido largas manifestaciones de solidaridad hacia la dinastía de los Borbones. En estas celebraciones, que han ido solificando en una serie de *relaciones* y libros de efemérides y fiesta, encontramos en proceso de formación la imagen del rey. Desde 1700 se van añadiendo atributos al *cuerpo político* del primer Borbón, mientras que no se descuidan las referencias a las vicisitudes por las que atraviesa también su *cuerpo natural*²⁴. Estos textos fabrican auténticamente la figura del rey; al menos colaboran a la creación de esa imagen de la realeza que los estamentos de la ciudad quieren ver realizada a la medida de sus intereses.

En 1746, cuando el rey Felipe V desaparece finalmente del escenario político, las honras fúnebres con que se homenajea a su dinastía y a la propia institución (*eterna*, se dice), que ha venido representando, vienen a constituir una antología, un calidoscopio de los atributos reales, que se encuentran realizados en la persona o en la Casa del rey: «in persona vel in domo».

Son, en este momento, los emblemas y las alegorías las que van a sintetizar, con su lenguaje didáctico y todavía efectista, ese mundo de valores, a los que la persona del rey viene prestando su cuerpo, para que en él cristalicen, con un grado de ejemplaridad que no alcanzaría en otra institución o persona²⁵.

24 Los juristas reales de Isabel I escribían: «Pues el Rey tiene en sí dos cuerpos, v-gr. un Cuerpo natural, y un Cuerpo político. Su Cuerpo natural (considerado en sí mismo) es un Cuerpo mortal y está sujeto a todas las dolencias que provienen de la Naturaleza y el Azar: a las debilidades propias de la Infancia o la vejez, y todas aquéllas Flaquezas a las que están expuestos los Cuerpos naturales de los otros hombres. Pero su Cuerpo político es un Cuerpo invisible e intangible, formado por la Política y el Gobierno, y constituido para dirigir al Pueblo y para la administración del Bien Común, y en este Cuerpo no cabe ni la Infancia ni la Vejez, ni ningún otro defecto ni flaqueza natural a los que el Cuerpo natural está sujeto». (E. H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey* (Madrid 1986), (20).

25 El lenguaje emblemático sería, así, esa instancia que habla explícitamente del

FELIPE V EL ANIMOSO, EL MAGNANIMO, EL CONSTANTE, EL VICTORIOSO, EL JUSTO, EL PIO, EL BUENO, EL GRANDE

Los rituales terminales ofrecidos en memoria de Felipe V conservan su carácter programático de los valores de un gobierno en el que las acciones de tipo militar han tenido un peso sobresaliente. En efecto, las relaciones de exequias que conservamos mantienen, aunque ciertamente atenuada, esa representación militarista del poder, que no ha desaparecido en toda la época de Felipe V, como tampoco lo hará en la de sus sucesores Fernando VI y Carlos III, que aparecerán siempre en la iconografía vestidos de sus atributos bélicos, especialmente la coraza y el bastón de mando²⁶. Y es que la orientación guerrera que preside toda la política española de la primera mitad del siglo XVIII no ha decrecido todavía en 1746, a la muerte de Felipe V²⁷, aunque sí puede ser detectado el cansancio y frustración que las distintas campañas exteriores han provocado entre la población.

En este sentido, en Salamanca, en los libros de relaciones entre 1700 y 1746 se evidencia un cambio de énfasis que, primeramente dirigido hacia esos valores belicistas, en los que además de Felipe participa la figura de su hijo y heredero Luis I, se verá reconducido más adelante hacia una valoración de la persona del rey más como un «constructor de la paz», que como un «señor de la guerra».

En un primer momento, en los años de la Guerra de Sucesión, Felipe V aparece vinculado a la ciudad y a sus instituciones, únicamente bajo un aspecto militar, como por lo demás, sucede en todo el reino: «Los años iniciales del siglo vieron un florecimiento de la iconografía militar, porque en el palacio se formó una amplia galería de retratos de los príncipes de la Casa real francesa vestidos con armaduras militares, como testimoniando su

poder político y de su problemática moral. El hacer del Príncipe se encuentra configurado sobre una doble tensión que vemos formularse ya en el tratado famoso de Saavedra Fajardo, *Idea de un Príncipe Político Cristiano* (cf. J. M. González de Zarate, 'Saavedra Fajardo y la literatura emblemática', *Traza y Baza*, 10, 1986, 7-133). El ideal de acción político cristiano desciende desde la cúspide del Estado, y alcanza también a las clases nobiliarias, como transparenta el tratado salido de las aulas salmantinas de I. Gómez Barreda, *El Ayo de la Nobleza y el noble instruido en su infancia* [...] *En ocho discursos que abrazan todos los varios estados de la vida del 'Noble y Cathólico Político'* (Salamanca 1762). Sobre la relación de la emblemática con la arquitectura efímera véase, también, mi trabajo: 'El jeroglífico y su función en la arquitectura efímera barroca', *Boletín del Museo Canón Aznar*, 8 (1982), 84-102.

26 Cf. Morán Turina, *La alegoría y el mito...*, 94.

27 Las honras fúnebres realizadas en Roma por Felipe V también participan de esa versión militarista del rey-caudillo. En el túmulo encontramos la representación del rey en el sitio de Almansa, en la batalla naval de Tolón, toma de Orán, entrada en Nápoles... (cf. M. Fagiolo Dell'Arco/S. Carandini, *L'Effimero Barocco*, II (Roma 1977), 236). En otras honras fúnebres celebradas en España, se insiste igualmente en un programa militarista, por ejemplo, en las llevadas a cabo en la Universidad de Cervera.

incondicional apoyo a la causa del Duque de Anjou, y porque la propia situación de la guerra produjo una abundancia de imágenes bélicas del rey al frente de sus tropas: retratos ecuestres de Felipe V al frente de sus tropas en el combate, como los de Edelinck Eguer; multitud de mapas y grabados explicativos de los diferentes asedios y acciones militares de la contienda en láminas sueltas e incluidas en libros como los de Ubilla...»²⁸.

Toda aparición simbólica del rey en rogativas, festejos, decoraciones o literatura, se lleva a cabo, en una primera instancia, *sub specie militari*. Por eso las «heroicas y reales hazañas» de Felipe V dan pie, en 1707, al opúsculo de Cubero Tirado, *El Angel custodio...*²⁹, en donde se distribuye con generosidad una imagen del rey vinculada al bestiario:

«Leo: el León Rey coronado de las selvas, de quien dixo Aristóteles (Lib: 9; hist. anim., cap. 44) que *nunquam fugit*, nunca huyó el rostro; ni al riesgo, ni al trabajo, ni al enemigo».

«Gallus: el segundo enigma es el Gallo, ave regia, consagrada a Marte, cuya divisa de su cresta, o corona siempre encendida, nunca macilenta, su voz infunde terror, y miedo a los áspides, tigres y basiliscos...»³⁰.

Estamos ante este tipo de atribución dentro de la órbita del lenguaje emblemático, fuertemente basado en el mundo animal, que se nos propone en una lectura ético-política. Emblemática animalística que proviene de los libros de Ferrer de Valdecebro, *Gobierno general, moral y político, ballado en las fieras y animales sylvestres* (Madrid 1658) y de Garau, *El sabio instruido en la naturaleza en quarenta máximas políticas y morales* (Madrid 1677), y que suscita una homología entre los animales más fieros y la persona del rey.

Dimensión belicista de que se encuentra investida la figura de Felipe V, desde el mismo momento de su acceso a un trono conflictivo³¹. Así, en la *Expresión de la aclamación que hizo en la elevación del Real Estandarte por nuestro Cathólico Rey Don Felipe V...*³², Santiago de Roxas y España describe las ceremonias de la proclamación de Felipe de Borbón en Salamanca, con una curiosa metonimia: no se proclama un rey; se proclama la llegada de un jefe militar, de un *caput*. Los súbditos, aun cuando lo sean de una pa-

28 J. M. Morán Turina, *La alegoría y el mito...*, 73.

29 *...retratado en las heroicas y Reales hazañas de nuestro Cathólico Rey Felipe V el Animoso* (Salamanca 1707).

30 En la Aprobación, de Diego de Villafranca.

31 «La guerra, base de la política de Felipe V, incidió también en la evolución de la sociedad. El ideal militar sustituyó al administrativo. Los hijos de los nobles prefirieron ingresar en el ejército antes que en la administración (J. Fayard, «Las consecuencias de la guerra de Sucesión» en *Historia de España*, 5 (Madrid 1982), 457.

32 (Salamanca 1700).

cífica ciudad universitaria, son parte del ejército; ejército en estado puro que homenajea a su príncipe en una dimensión simbólica de carácter casi exclusivamente militar. Esta dimensión belicista la vemos consolidarse, incluso antes del comienzo real de las hostilidades de la Guerra de Sucesión, en el verano de 1705, en oraciones como la de Yáñez: *Aplauso fatídico, vaticinio pangeyrico de los Triunfos que N.C.M. Philipo Quinto sigue y hereda de su Ilustre Progenitor*.

Los sermones gratulatorios insitirán en afianzar esta proyección de la realeza como conductora de la guerra; lo hacen cuando sobrevienen las victorias de la causa filipista, *Sermón gratulatorio en la feliz victoria que tuvo el Ejército de nuestro Rey Felipe Quinto, en el Reyno de Valencia*³³, y lo hacen también, unificando en ese su actuar, no sólo la figura del rey y del conductor de la guerra, sino que a ello se añade la idea de una *ecclesia* en armas. La cruzada guerrera deviene guerra santa; Felipe V en ella conduce los ejércitos de la tierra, como el Cristo de las Batallas abandera a los soldados de Dios³⁴. La guerra contra los aliancistas tiene un estricto paralelo «celeste», en la guerra santa entre las legiones de San Miguel y los seguidores de Lucifer:

«Levantad los ojos al Cielo, que allá veréis también una idea de la batalla de Villaviciosa: esta Batalla, que a soplos de la ambición se emprendió al parecer en el Cielo, dize el vulgo, que fue la que Miguel Zeloso, y sus espíritus leales encendieron contra la altiva arrogancia de Lucifer y sus aliados rebeldes»³⁵.

Los propios intereses dinásticos de Felipe de Anjou se revelan secundarios en esta instrumentación política que de su imagen se hace, y son secundarios frente a la significación fundamental que su persona adquiere, en tanto que cabeza visible de la continuidad de un estado confesional católico:

«Lo primero que en la batalla de Villaviciosa y el sitio de Brihuega pudo aventurarse, por ser entre Catholicos y Hereges, entre Ortodoxos,

33 Blas Breznes de Prado (Salamanca 1707). Y antes, estos textos sirven a modo de preparación de la guerra en la zona, cf. el memorial del P. Ignacio de Camargo y Bernardo Santos *al Rey Felipe V [...] en que la Ciudad de Salamanca expresa los muchos estragos, y lamentables desgracias que padeció en la invasión y sitio del Ejército de Portugal* (Madrid 1706).

34 La vinculación entre tradiciones piadosas salmantinas y el papel que en la dirección del Estado juega Felipe V es evidente, a través de textos como el de Francisco Perea y Porras, *Sagrada Cítara de la Cruz, en la que la M.N. y Fidelíssima Ciudad de Salamanca cantó ... las más rendidas gracias al Sto. Christo de las Batallas ... por la gran victoria en el campo de Almansa* (Salamanca 1707).

35 Manuel Ignacio Muñoz, *Oración gratulatoria fúnebre que por la feliz victoria conseguida el día 10 de Diciembre de 1710 por el Ejército de nuestro Cathólico Monarca, único Rey, y Señor N. D. Phelipe V el Animoso...* (Salamanca [1710]), 5.

y Cismáticos la contienda, era el lustre, y la conservación de la religión, y piedad Católica»³⁶.

Aquí se ha conseguido una síntesis total de los intereses diversos que en el momento concurren: guerra por el rey —que el rey conduce—; guerra por España; guerra por la justicia, por la Iglesia; guerra, finalmente, por la fe cristiana.

Estos aspectos, en una u otra proporción, aparecen anudados en los discursos panegíricos que se remontan a principios del reinado. Por ejemplo, y de un modo muy evidente, en las *Glorias del señor Felipe V rey de las Españas y emperador de las Américas*, texto en el que se trata de las

«consecuencias fatales que se han de seguir a nuestra Monarquía de España, a la Santa Iglesia, y Fe Católica, si con la violenta fuerza de las Armas entra el Archiduque en España, y auxiliado por los hereges quita el Trono al Señor Don Phelipe V y se introduce en la posesión del solio»³⁷.

El «bizarro y animoso joven Rey» es *nuevo David*; Filipo de Macedonia redivivo. Su estrategia, cualquiera que ésta sea, es elevada —y así justificada— como acción modélica de un rey inspirado por la divinidad:

«En las heroicas acciones de nuestro amante Filipo aveis de ver despenada esta verdad. Es muy singular el modo que tiene nuestro animoso Monarca de defendernos, pues quando parece que más se retira de nuestra defensa, entonces explica más su constancia, y su valor, el mismo retiro es la mayor ostentación de su invicto poder»³⁸.

En los altares de la ciudad de Salamanca, también en los de las poblaciones vecinas, las rogativas, más tarde impresas con objeto de ser enviadas a la Corte como testimonios de fidelidad, colocan la figura del monarca en una posición simétrica a la de la instancia divina. La oración es doble: profana, en cuanto se dirige al rey de un ejército real, y religiosa, por cuanto convoca también la presencia del dios de los ejércitos celestes. En la *Philippica zelosa y Religiosa inventiva*³⁹, este desdoblamiento en la dedicatoria de la oración evangélica tiene, también, su correlato en la doble versión que del ejército aliado se ofrece: no sólo son enemigos de una dinastía legítima, a la cual combaten, sino que, además, en una segunda lectura, se ofrecen co-

36 Manuel Ignacio Muñoz, *Oración gratulatoria...*, 15.

37 (Madrid 1708), 18.

38 Cubero Remírez de Arellano, *El Angel custodio...*, 18.

39 ...*Oración evangélica que en la solemne fiesta con que la villa de Ledesma celebró los desagavios del Smo. Sacramento ... que injuriaron y ultrajaron en nuestra España los herejes del Ejército Enemigo el pasado año de 1711* (Salamanca 1712).

mo herejes, enemigos de la Jerusalén eterna, como lo son de esa Jerusalén terrena, pero simbólica, que la ciudad de Salamanca aspira a ser.

Precisamente en ésta, en las instancias religiosas que conviven en su interior, se desarrolla también esa expresión ambivalente, donde lo puramente religioso se da simultáneamente como militar y viceversa. Así, los jóvenes jesuitas que organizan las honras fúnebres de Felipe V se confiesan *soldados* que militan en ese «doble» ejército, en que han venido a coincidir los intereses de la dinastía:

«Con el mismo ardor aspiramos a que V.M. se digne de contarnos no sólo entre sus lealísimos vasallos, ni sólo entre sus fidelísimos Clientes, sino también entre sus Soldados addictísimos...»⁴⁰.

Sí. Como se escribe en la *relación* jesuítica, «Los Estandartes que seguimos de la Gloria de Dios, son Vanderas de V.M. y de su mayor Gloria»⁴¹. Y en estas posiciones intercambiables que Felipe V como jefe militar juega con su contrafigura natural, Cristo Rey, éste último asume también el papel «político», en una confusión de representaciones que tiene como objetivo, no sólo el de conceder un papel real —en los dos sentidos— a la divinidad, sino, también, y esto no es meramente secundario con respecto a lo ya señalado, estos abundantes textos salidos de las imprentas salmantinas, buscan una mitificación, una divinización de la persona real. El Convento del Calvario politizó, así, la figura de Cristo, al dirigirle su oración en forma de *Memorial* (*Memorial a Christo Sacramentado. Súplica y reverente rogativa [...] por la salud, y felicidad de nuestro amado Rey...*)⁴².

El rey divino ocupa el lugar del rey humano; mientras el humano asciende, por la fuerza de su *virtus*, a la categoría, sino de *la divinidad*, al menos sí de *una* divinidad. Sucede que la figura del rey y la figura de Dios son homólogas, intercambiables, como nos aseguran los sermones pronunciados en Salamanca en la época. Entre ellos, el pronunciado por F. de Miranda, en las fechas de la abdicación de Felipe V, será uno de los que más insistencia muestre en defender esa metáfora misma de la organización del estado teocrático: *El Mayor Rey en su retiro. Sermón del Santo Sacramento que en la solemne fiesta que le consagró la Parroquia de San Isidro de Salamanca...*⁴³.

En todos los discursos se alienta la misma «christomímesis» real:

40 *Parentación solemne de sufragio y obsequio que a la augusta memoria del Rey Nuestro Señor D. Phelipe V...* (Salamanca 1747), 5.

41 *Ibidem*, 6.

42 (Salamanca 1713).

43 (Salamanca 1724).

«Assi se debe tomar, y assí tomó Phelipe la Cruz, cargando, como el crucificado Soberano Rey sus hombros, su principado, su Reyno»⁴⁴.

Conocemos el empleo que de la mitología se hacía en el entorno del rey Felipe, singularmente a través de los programas iconográficos que bajo su dirección se construyen en La Granja, sede última para un retiro que Felipe V concibió rodeado de una imagen mítica, en la que pudiera ver, proyectadas, sus propias acciones de gobierno⁴⁵. Allí, en los jardines, el tema de la lucha del Príncipe contra el mal cobra una singular importancia. Al fondo de esta lucha simbólica, lo que se representa es la historia heroica de una corona conquistada por la fuerza de las armas. Lo que se encuentra alegorizado en las imágenes de Júpiter derrotando a los Gigantes; en Hércules y la Hidra o en Apolo mismo y su terrible lucha con la serpiente Pitón, son los momentos de la Guerra de Sucesión⁴⁶. Guerra de Sucesión concebida a modo de sicomacual lucha del Bien contra el Mal; guerra de religión, o por la religión, que Felipe V asumió en una estrategia de estado calculada, y a la cual se suman las instancias representativas del país y, entre ellas, aquéllas que dirigen la vida religiosa y académica de la ciudad de Salamanca.

De este modo, una parte importante del parámetro alegórico de Felipe V es el que suministra el mundo militar y, en él, la figura del *ángel* es la que condensa esa imagen bifronte de la realeza, esa duplicidad original que alienta en la concepción mítica de la Corona, como jeroglífico de la ley humana y de la divina:

«En este breve discurso demuestra el Orador con fortuna, que nuestro amabilíssimo Monarca Filipo Quinto es Angel coronado, como prudente para el gobierno, y poderoso para nuestra defensa»⁴⁷.

44 Bernardo Vela, *Oración fúnebre en las Reales Exequias [...] que celebró [...] la Real Universidad de Salamanca* (Salamanca 1746), 27. Esta identificación es tanto más problemática cuanto que las relaciones de Felipe V con la Iglesia atraviesan muchos momentos de enfrentamiento abierto. Cf. J. Fernández Alonso, «Un período de las relaciones entre Felipe V y la Santa Sede (1707-1717)», *Anthologica Annu*, 3 (1955) 9-88.

45 Los programas iconográficos de la Granja han sido estudiados, en el sentido que aquí proponemos, por J. M. Morán Turina, «El rapto de Psique», *Fragmentos*, 6 (1985) 39-49.

46 En el programa iconográfico del panteón de Felipe V se sustentan también algunas de estas referencias a la Guerra de Sucesión (cf. Bottineau, «El Panteón de Felipe V en La Granja», *Archivo español de Arte*, 27 (1955). Grabadores y pintores, por su parte colaboraron en la difusión de esta iconografía (cf. Bonet Correa, «Hércules y Felipe V: una alegoría moral de J. Churriguera grabada por Irala», en *Estudios en honor de J. Bialostocki* (Varsovia 1973).

47 Cubero y Remírez de Arellano, *el Ángel...*, 5. El *character angelicus* del rey tiene una lejana apoyatura bíblica en Samuel, 14, 17 y 20. Una operación similar es la que se realiza con su hijo Luis I. Véase sobre el tema mi estudio «La imagen del Rey: relaciones de fiestas salmantinas en el natalicio de Luis I», *Varia Bibliográfica. Homenaje a Simón Díaz* (Kassel 1987), 569-78.

SIMBOLISMO FUNERARIO

La imagen belicista, protectora, que del rey se difunde no desaparece, como hemos visto, en 1746, a la muerte del representante máximo de una política basada en la permanente intervención armada. Sin embargo, los historiadores que se han ocupado del largo periodo de reinado de Felipe V han consignado el cansancio, que el signo militarista de la política de éste había generado en el seno de la sociedad española. En la segunda parte del reinado de Felipe V hay una desafección de la población hacia las guerras mantenidas por el país en el exterior, entendidas al modo popular como una imposición de Isabel de Farnesio.

En el momento de la muerte de Felipe V, puede decirse que el *ángel prudente* predomina ya, en los programas iconográficos, sobre el *ángel guerrero*. Como sabemos, estos programas funerarios son más declaraciones de intenciones hacia el nuevo ocupante del trono, que un homenaje estricto al cuerpo *natural* del rey: hay una intención decidida en los mismos de orientar el *cuerpo político*, la Corona, hacia un tipo determinado de acción de Estado⁴⁸.

Los programas pacíficos de gobierno se ofrecen a Fernando VI como un consejo, y como el reflejo de un deseo generalizado de paz, después de una época caracterizada por la guerra. Para emplear la alegoría de Cubero y Remírez de Arellano, el «San Miguel guerrero» muere, para renacer —nuevo Fénix, siempre vinculado a la realeza⁴⁹— como «ángel de paz». El jefe militar debe dejar ya su lugar en la historia a la larga serie de *pacificadores*. El *imperium* va a aparecer apartir de aquí más conectado con el *studium*, con el *sacerdotium*, incluso.

Las exequias son, así, un buen lugar donde se puede dar expresión a los deseos de concluir el periodo de guerras. Antes, en ellas, vemos inmortalizarse y aparecer, con esa intensidad, por última vez, la imagen militar del rey:

«Murió Philipo Quinto
Aquel por quien vivía

48 Esto es lo que ha visto F. Revilla referido, en este caso, al programa iconográfico de una *entrada*, en 'Las advertencias políticas de Barcelona a Felipe V en las decoraciones efímeras de su entrada triunfal', *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 49 (1983), 397-409.

49 El Fénix, como emblema animalístico, habla del mundo moral del gobierno, de la dignidad real «*quae non moritur*». Para el estudio del tema en los términos que proponemos, véase A. J. Festugière, 'Le symbole du Phénix et le mysticisme hermétique', *Monuments Piet*, 38 (1941), 147-51 y E. H. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey* (Madrid 1985), 364 ss.

El Valor, el denuedo
La Paz, la Religión i la Justicia»⁵⁰.

El lenguaje emblemático que recogen las relaciones salmantinas de honras fúnebres a Felipe V es, todavía en esa época, apto para difundir los valores de la milicia, en un eco, ya muy lejano, del mundo caballeresco de las divisas y *triumfos de armas*. La revitalización del mundo de la guerra en la sociedad española de principios del Setecientos había producido, en estricto paralelo, un resurgimiento de los esquemas figurativos simbólicos en que aquella se apoya. En 1731, por ejemplo, se edita en Madrid un texto al que debemos considerar puro *revival* de la emblemática del siglo XVI: las *Empresas políticas y militares* de Pozuelo de Espinosa. También en esas mismas fechas, la preocupación por la defensa, el desarrollo de nuevas técnicas de la instrucción y de la arquitectura militar, dan lugar a curiosos *juegos*, a colecciones de imágenes que tienen su antecedente directo en el simbolismo renacentista, es el caso del *Juego de las Fortificaciones*, grabado por Minguet e Yrol en 1736⁵¹.

La muerte de Felipe V se vive en Salamanca, como ya he dicho, al modo de los funerales por un caudillo militar. De hecho, en el túmulo funerario organizado por la Universidad se desarrolla un programa figurativo, consistente en jeroglíficos y emblemas bajo el epígrafe latino: *cecidit Mars*:

«Estas lucientes hachas funerales,
Que el rapto acuerdan de Philipo ausente,
Exemplo son de el claro, refulgente
Ardor de sus espíritus marciales»⁵².

El óbito de Felipe V, susceptible de una comparación de tipo alegórico con la muerte de la divinidad de la guerra —Marte—⁵³, conduce, por proximidad histórica, a una asimilación entre Felipe V y el César español por antonomasia —Carlos I—⁵⁴.

50 «Lágrimas de la Real Academia», *Expresión breve del grave sentimiento...*, 70.

51 Y que he estudiado en mi artículo: 'Vauban lúdico. Un grabado de Minguet e Yrol: el juego de las fortificaciones', *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 24 (1986), 115-131.

52 *Expresión breve del grave sentimiento con que la Universidad de Salamanca lamentó la muerte de su mui amado Monarca ...* (Salamanca 1746), 355.

53 Este tipo de alusiones mitológicas es, ya en estos momentos, infrecuente, al menos en los ceremoniales salmantinos que he revisado. A pesar del gusto de la pedagogía jesuítica por este tipo de referencias, no las encontramos en la *relación Parentación solemne...* Para el tema en general, véase el libro de J. Seznec, *The Survival of the Pagan Gods* (New York 1961), que en la página 276, n. 68 trata específicamente el asunto en relación a la decoración festiva de los centros jesuíticos.

54 La entrada de Felipe V en España es comparada, en los textos panegíricos de la época, con la de Carlos V (cf. H. Kamen, *La Guerra de Sucesión en España* —Barcelona 1969—, 55).

Aquí, en la figura mediatizadora de Felipe V se religa una tradición militar en decadencia con los últimos Austrias. El lugar de la aparición del rey se convierte en el lugar de la aparición de la Historia.

Las endechas reales dan cuenta de esta soldadura que viene a revitalizar la imagen de una nueva *Edad de Oro*⁵⁵ de la política exterior española, saldada, sin embargo, en el caso del periodo de reinado del primer Borbón, de un modo más negativo que positivo:

«Después que el Quinto Carlos
Dió de mano al Imperio
No vió España en su trono
Enlazada la espada con el cetro»⁵⁶.

El Cetro y la Espada. Ambos símbolos concentran todo el significado concedido a la realeza en los dispositivos de emblemas, donde aparecen combinadas sus figuras con sentencias, frases latinas y textos variados que tratan de alumbrar un sentido didáctico.

Y es que la imagen del rey que estas *relaciones* nos entregan es *calidoscópica*: se encuentra constituida por una serie asindética de conceptos ilustrados profusamente. La ceremonia, en principio, y luego los discursos —panegíricos, sermones...—, de modo final, establecen una ilación entre este haz, que pretende deslumbrar al espectador.

El desarrollo completo de la fiesta nos conduce así por entre las imágenes fasciculadas del rey, improvisando un recorrido e imponiendo una *lectura* del conjunto, que es la que ha sido ya predeterminada por los comitentes como *virtuosa* y ejemplarizante para todos. Como escribe el P. Sarmiento «Los reyes deben ofrecerse como objeto de la vista y regozo de los Españoles»⁵⁷.

Esa visibilidad que reclama como propia la realeza es, si cabe, más oportuna en una ciudad como Salamanca, alejada de los circuitos tradicionales de desplazamiento de la Corte. Por eso su presencia es sustitutivamente simbólica, y lo es todavía más en ese momento delicado de tránsito, de vacío institucional y de inseguridad generalizada que la muerte del rey provoca en todo el cuerpo social.

⁵⁵ Este sentido de una *restauración* borbónica con Felipe V es defendido desde comienzos del reinado por panegiristas de su causa, como Pedro Portocarrero y Guzmán, *Teatro Monarchico de España que contiene las más puras como cathólicas máximas de Estado* (Madrid 1700).

⁵⁶ *Parentación solemne de sufragio y obsequio que a la augusta memoria del Rey Nuestro Señor D. Phelipe V ... tributó el Real Colegio de la Compañía de Jesús ...* (Salamanca 1747), 56.

⁵⁷ *Distribución de las más famosas acciones del Rey Padre para que puedan ser representadas en tapices* (1750).

La pretensión es hacer visible en la tramoya funeral, y en sus zonas de privilegio, el mundo de valores que la cristianidad asocia con la figura del rey, símbolo teocéntrico:

«Puso en movimiento [la Compañía de Jesús] los ingenios de su religiosa juventud, para que diessen cuerpo a los sentimientos del alma, y los hiciessen de algún modo visibles en el Real Túmulo»⁵⁸.

La *real representación* ostenta en las honras salmantinas esa configuración ya tópica en los sistemas de representación funeraria: por un lado, el féretro o urna (naturalmente vacía) viene a rematar el edificio simbólico del *castrum doloris*⁵⁹. Teóricamente esta urna es la depositaria del cuerpo corruptible o *natural* del rey. Encima de la misma se depositan el Cetro y la Corona erigidos en efigie, en simulacro —*persona ficta*— de la *dignitas* real, ésta imperecedera, eterna, en cuanto que recorre las sucesivas personas que componen la dinastía (el rey *in genere* nunca muere, pero muere *in individuo*)⁶⁰:

«Aquí yaze —escribe Joseph Navajas a la muerte de Luis I— el que en poquíssimos años, llenó muchísimos tiempos [...] en obelisco de tan complicado aspecto, que si nuestro llanto le mira como túmulo, nuestra piedad le respeta, como Trono...»⁶¹.

Cetro y Corona, como emblemas esquematizados, son auténticas metonimias del primitivo *gisant* o efigie recostada del difunto, que preside hasta finales del siglo XVII todo tipo de honras fúnebres a dignidades eclesiásticas o políticas.

Esta combinación —de la urna, de los atributos—, minuciosamente observada en las honras que ahora analizamos, determina una bifocalización del ritual, y, en consecuencia, también del *discurso* que se encarga de su descripción. Por un lado, estamos ante todo tipo de textos, imágenes y *servicios rituales* que tienden a incidir sobre el hecho de la muerte —y, a través de ella, de la vida ejemplar—, en este caso, de Felipe V. Por otro lado, los mismos elementos se reorientan en una segunda lectura, hacia otra dirección: la exaltación dinástica, los valores eternos que se depositan en

58 *Parentación solemne de sufragio...*, 4.

59 Véase la descripción del túmulo en la *Parentación solemne...*, p. 13 ss..

60 O, de modo más completo, «Tenens dignitatem est corruptibilis, Dignitas tamen semper est, non moritur» (cit. por E. H. Kantorowicz, *El doble cuerpo...*, 407).

61 *Fúnebre panegyrica oración [...] por la difunta Católica magestad del Señor D. Luis Primero* (Madrid 1725), 37.

62 Triunfo sobre la muerte, que es triunfo de la virtud sobre la muerte, para decirlo en la frase, ya citada en este libro, de Menestrier: «Le Mausolée estoit le triomphe de la vertu sur la mort» (*Des decoratins funebres...*, —París 1684—, 300).

la *dignitas* real (*dignitas* —como escribían los juristas medievales— *non moritur*).

La ceremonia en su conjunto muestra, pues, el *triumfo de la muerte*, tanto como el triunfo *sobre* la muerte⁶² y, por esta vía se da una yuxtaposición efectiva entre lo lúgubre y lo triunfal: el monumento sepulcral es un objeto cuidadosamente duplicado y en él se ofrece una visión final de la *maiestas* «desatada de sí misma en lo caduco»⁶³.

La imagen fasciculada del rey es objeto de un planteamiento didáctico, se presenta como el producto combinado del destino genético (tras el cual vemos pronto la mano de Dios) y el resultado del trabajo de las virtudes que, dosificadas por una pedagogía probada, modelaron el cuerpo y el *alma* de Felipe V. Hay una tropología, un sentido de instrucción moral que emana de las figuras (*res picta*), de los *mottos* y lemas dedicados al monarca.

Por eso, el retrato emblemático que se elevó en el Colegio de Jesuitas presenta esa cadencia simétrica, rígidamente reglada, que atiende a diseñar lo que fueran, en primer lugar, las *Edades del Príncipe*: infancia, juventud, edad varonil, senectud. Enseguida, también, la serie de las Virtudes, que, como sabemos, configuran casi siempre el núcleo de los catálogos de emblemas dedicados a glosar el poder político. Aquí, Religión, Prudencia y Magnanimidad definen el modo de actuar real como más próximo al actuar divino, que al mundo de lo humano. Como escribía Diógenes, autor del tratado helenístico *De Monarquía*: «el rey ha de apartarse de las pasiones humanas y aproximarse a los dioses».

Los grandes *hechos* reales configuran el tercer conjunto que se inserta en la globalidad del retrato regio. Estos *hechos* emprendidos por la persona real son, fundamentalmente, *de armas*; integrándose en la dimensión militar que hemos visto aflorar en esta literatura política. La Guerra de España o de Sucesión, Orán, Sicilia, Cartagena... forman ese retablo de iconografía guerrera de la que el rey Borbón se vió siempre rodeado en la esfera íntima de sus residencias.

En las *Fundaciones*, cuarta de las series, aparecen, de nuevo, combinadas, la proyección civil de la acción del rey: Seminario de Nobles; desarrollo del Comercio (*Aucto Commercio*); con la específicamente militar reforma de la Milicia y la Marina.

El héroe cristaliza a través de la *sapientia* (lo que le convierte en protector de las formas de desarrollo civil) y de la *fortitudo* (donde cristaliza una acción del Estado que se desdobra en un conjunto de episodios defensivos y ofensivos). El retrato, en su conjunto, es tópico, tradicional; lo que de

63 Lardizaval, *Oración fúnebre con que el Real Colegio de la Compañía de Jesús celebró [...] las exequias [...] de Luis I* (s. l. [Salamanca]; s.a pero 1724.

él se ha modificado es la distinta jerarquía de los patrones que lo constituyen, dando entrada a unos componentes un tanto desacralizados (si nos ceñimos en exclusiva al ámbito de las honras fúnebres de 1746) y, también, lejanos ya de las resonancias mitológicas de signo militar.

El jeroglífico final retrotrae bruscamente este paseo visual, a través de los temas bien conocidos de la *Laudes Regiae* (entendido, específicamente como confianza en una institución, en una dinastía benefactora), a una consideración que alude metafóricamente al cuerpo natural, corruptible (y, en consecuencia, al tema de la muerte: una bomba estalla en un mapa-mundi; de modo traslaticio, la muerte del rey deviene suceso cósmico, tragedia de resonancias universales).

A estas expresiones emblemáticas, propias de un instituto —la Compañía de Jesús— fuertemente anclado en los niveles de expresión configurados en los siglos XVI y XVII⁶⁴, les corresponde, como un eco, las manifestaciones de un carácter ligeramente diferente, organizadas esta vez desde la misma Universidad, y que han quedado consignadas en la *relación Expresión breve del grave sentimiento con que la Universidad de Salamanca lamentó la muerte de su muy amado monarca...* Aquí el emblema y el jeroglífico han perdido su primacía; se han deslizado hacia la técnica del medallón, del retrato⁶⁵, con lo que nos situamos ya muy cerca de la alegoría. La concepción de la naturaleza en clave simbólica ha entrado en crisis y las empresas y emblemas que vehiculaban esa concepción comienzan a dejar paso a esas alegorías, dirigidas por un proyecto pedagógico que tiene como base la propia historia.

Al menos en la zona nuclear, donde se dan en su mayor concentración

64 Además de lo propiamente emblemático, el texto de la *Parentación solemne de sufragio* recoge multitud de fórmulas de discurso en vías de extinción: se trata de thegnodias latinas, epigramas, cantos lúgubres, emblemas emphaticos, elogios sepulcrales... Especialmente los jeroglíficos, sufrían ya por aquella época una fuerte contestación, hasta el punto de encontrarse su uso exclusivamente limitado al área de la arquitectura efímera. Como escribe Martín Sarmiento: «Los jeroglíficos sólo se admiran hoy porque no se entienden y se admiraban al principio aunque no todos los entendían [...] ni las representaciones deben ser enigmáticas ni se deben reducir a geroglíficos sus adornos, esto no sería reparable en un edificio transitorio, pero sí en una obra que se edifica para la eternidad». (en *Sistema de los Adornos de Escultura del Nuevo Palacio Real de Madrid, Opúsculos gallegos sobre Bellas Artes de los siglos XVII y XVIII*, ed. por Sánchez Cantón —Santiago de Compostela 1956—, 200-1).

Sin embargo, en Salamanca hay pruebas suficientes, a lo largo de la época que estamos revisando, de un interés activo en resucitar el carácter místico de jeroglíficos y emblemas. Véase, por ejemplo, la obra de Fr. Francisco de Aguilar, *Hieroglyphica, sive symbola mariana, quibus matris Dei mysteria laudantur...* (Salamanca 1724).

65 «Y a quienes los hombres no pueden de presente honrar por estar lejos, de lejos se imaginan su semblante y hacen la imagen visible de un rey venerado» (*Sabiduría*, 14, 17). «El retrato, el medallón es un factor de convergencia de la mirada, foco y haz centralizado, en torno al cual, por acumulación, se genera un programa» (M. Ruiz Lagos, *Cultura simbólica e Ilustración andaluza* [Jerez 1985], 39).

los signos, en el túmulo y en el dispositivo que sirve a su adorno, encontramos una primacía de lo alegórico, por encima de las representaciones de la vieja iconografía. Se ha producido con este uso alegórico un desplazamiento hacia lo profano —lo civil—, en lo que antes podía ser considerada una antigua representación paralit rgica. En suma, en la *relación* universitaria, lo más sobresaliente es esa secularización de un programa barroco tradicional. Y ello en la línea señalada por Bonet Correa: «en el siglo XVIII se sufre una pérdida en lo que lo mitológico se sustituye por lo histórico y lo emblemático, por la alegoría racional»⁶⁶.

Así, las épocas del año se combinan, —modo alegórico—, con las cuatro principales facultades del cuerpo universitario: Teología Sacra, Jurisprudencia, Filosofía, Medicina; y a ellas se añaden las cuatro partes del Mundo, para construir con todos estos elementos la alegoría, el carro triunfal, el triunfo-alegoría de un reinado, al que se quiere dotar de una dimensión universal.

Este cambio sustancial —el que va del emblema hasta la adopción de la alegoría—, junto a otros de menor entidad que hemos venido señalando, produce transformaciones sustanciales en la mecánica de la fiesta, que se ve obligada a comenzar a abandonar —o, por lo menos a alternar con otras formas— el lenguaje emblemático, oscuro, de origen *divino*, y sacramental, que la había venido caracterizando durante los siglos XVI y XVII.

J. Gallego, recientemente, apoyado en los textos ofrecidos en el libro de Dávila Fernández —*Los sermones y el arte*—⁶⁷, habla de una mera imitación, a propósito de estos funerales por Felipe V en relación con los de la dinastía anterior, «con sus mismos aspectos emblemáticos que resultan anacrónicos en el Siglo de las Luces»⁶⁸. Quizá convendría matizar, en el caso concreto de los rituales funerarios observados en la Universidad de Salamanca por la persona de Felipe V, asi como en el caso de los de Luis I, que s  se han producido una serie de modificaciones significativas que afectan a la imagen del rey, pero que, antes, han cambiado incluso también el sistema expresivo de las mismas relaciones y aun el de las fiestas que ésta atiende a describir.

Haciendo un balance, resalta, primero, esa sustitución de la instancia real —«los ojos del rey»—, para quien la *relación* aparecía escrita, por esos otros  rculos de poder —miembros de los Consejos, gobernadores de la Frontera...—, más próximos al centro de donde han emanado tanto las ceremonias como su relato.

66 'La fiesta emblemática como práctica del poder', *Diwan*, 5/6 (1979), 69.

67 (Valladolid 1980).

68 «Aspectos emblemáticos en las reales exequias españolas de la Casa de Austria», *Goya*, 187-8 (1985), 122.

También, la orientación belicista que preside toda imagen de la realeza en los siglos XVI y XVII —e, incluso, como hemos visto, en las *relaciones* de los primeros años del reinado de Felipe V—, cede en favor de una serie de programas más civiles, menos sobrecargados, igualmente, de connotaciones sagradas. Ello conduce a un progresivo abandono de ese lenguaje opaco para las masas, que es el jeroglífico, el emblema; prefiriéndose en su lugar el uso de transparentes alegorías, de comparaciones e imágenes extraídas del mundo de la historia.

La mitología, por último, verdadero eje sobre el que se articulan en la Corte los programas homenaje de exaltación borbónica, apenas tiene entidad en estas conmemoraciones salmantinas, que prescindan de ella, sin duda por que resulta un sistema expresivo demasiado lejano, anticuado, y que, por otra parte, todavía no están en disposición de recogerlo como manifestación nueva del ambiente intelectual que difunde el estilo rococó⁶⁹.

Una particularidad notable es la que ofrecen los propios comitentes de los programas conmemorativos. Sus intereses son imposibles de unificar bajo el mismo modelo. Paradójicas contraposiciones se suceden en el desarrollo de una misma fiesta y en ocasiones tenemos reunidos, bajo la cobertura de un texto, la expresión de ideologías divergentes; lenguajes y opciones de todo tipo que se anulan unas a otras. Y es que estas honras fúnebres por Felipe V son las más conflictivas de toda la larga tradición que la ciudad ostenta en este tipo de organizaciones, que con ella alcanzarán prácticamente su término, si nos referimos a los aspectos de credibilidad intelectual y de magnificencia.

En estas honras lo que se percibe es el esfuerzo ingente realizado para mantener una tradición, unos modos de expresión *artística*, si se quiere, gravemente amenazados por la nueva situación ideológica. Los cambios y transformaciones sobrevenidos impiden que este tipo de rituales puedan salvar la crisis interna de su lenguaje, y determinan su misma muerte en el momento en el que se hace el esfuerzo institucional más grande por mantenerlos, haciendo vivir en su interior el mensaje social que habían transmitido de generación en generación.

Es muy brusca la *caída* que, en términos de riqueza plástica, de profundidad conceptual del propio ceremonial, se ha producido entre las exequias de Felipe V y las de Felipe IV, ochenta años antes. Señalaremos, para lo

69 Esta utilización de la mitología por el estilo rococó, supone, en cualquier caso, una aminoración de los temas heroicos. Morán Turina («El rapto de Psique...», 40) ha señalado de qué manera la advocación de Apolo-Sol en el entorno de Felipe V no tiene una prioritaria significación mayestática, sino que, en el caso concreto de la identificación Apolo/Felipe V, ésta se realiza a través de una versión del dios humilde, divinidad de los pastores y de la vida retirada, escenificada en la residencia real de La Granja.

que resta de siglo XVIII, como el abandono y hasta la crítica de los sectores progresistas impiden en Salamanca la supervivencia de la fiesta, como celebración ilustrada o, al menos, con contenidos que puedan ser identificados como próximos a la propaganda política del Despotismo Ilustrado. Los débiles cambios introducidos no autorizan a hablar de la existencia de un programa político ilustrado que se encarga de estas manifestaciones en homenaje a Felipe V. Por otro lado, esos mismos cambios suponen la amonación, y hasta la aniquilación, del primitivo esplendor («assombro», «maravilla», nos dirán las *relaciones*), que era lo característico de las exequias reales en Salamanca.

Así muere esta parte de la fiesta política en la ciudad; lejos de su referencia barroca y sin alcanzar el nuevo mundo de valores que la Ilustración inaugura. Su sacrificio aparece como necesario en una población que conocerá en la segunda mitad del siglo XVIII un vertiginoso desarrollo del pensamiento ilustrado más avanzado, incompatible ya con esta herencia degradada del viejo orden simbólico.

FERNANDO R. DE LA FLOR